

manos verdaderas

un ensayo en traducciones

fruela fernández



kriller71 ediciones / Colección Poesía #58
http://kriller71ediciones.com
info@kriller71ediciones.com

[2012-2022 / 10 años]

asistente editorial marina miravet cristobo

diseño de la colección paloma tarrío alves

imagen de portada ron piller

isbn 978-84-123212-3-4

depósito legal B 10210-2022

© de los poemas, sus respectivos autores, 2022

© del prólogo y el resto de los textos, fruella fernández, 2022

© de las traducciones, fruella fernández, 2022

© de esta edición, añibal cristobo, 2022

Todos los derechos reservados.



Este producto está hecho de material certificado FSC® y otro material controlado

Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte



MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO
Y FOMENTO DE LA LECTURA

manos verdaderas

un ensayo en traducciones

fruela fernández



MANOS VERDADERAS

Nur wahre Hände schreiben wahre Gedichte.

Paul Celan, carta a Hans Bender (1960)

“Sólo manos verdaderas escriben poemas verdaderos”. Casi puedo oír la risa contenida —alternada, tal vez, con un crujir de dientes— que provocará en algunos la frase: ¿“La verdad”? ¿Volver a “la verdad”, después de tanto delatarla, después de tantas negaciones?

Pero aun así hay verdad, yo creo en la verdad de la mano y del poema.

Hay verdad en la mano que escribe desde una doble imposibilidad: la de abandonar la escritura y la de someterla a su tiempo, a sus límites. No quiere ceder, no puede: esa es su verdad.

¿Y cuál es la del poema? Que algo, *algo decisivo* ha sucedido por él, se ha alterado con él. Y que el resto de discursos que se disputan la lengua —la burocracia, la cursilería, el halago, la farsa— han tenido que detenerse un instante, revelados ante la obligación del poema. Aunque de inmediato vuelvan a ponerse en marcha, para acallararlo.

(Y entiendo bien que Celan dijese “poemas”, “poemas verdaderos”, un cuantificable, porque el suceso de la verdad es raro y discontinuo. ¿Hay obras, en su conjunto, “verdaderas”? Hay algunas, es cierto: bien escasas. Pero sobre todo hay momentos de verdad, verdades concretas, concentraciones.)

*

Este libro surgió de mis encuentros con algunos poemas que llamo *verdaderos* y de mi necesidad de entenderlos, de confrontarlos con mi escritura para conocer mejor la clave de su verdad: a veces era un ambiente, a veces un modo o una emoción.

Traducirlos ha sido mi manera de responder a la urgencia que me provocaban por mostrarlos. Porque la poesía —es una de las pocas certezas que tengo— *ha de mostrarse*. Las reflexiones no son, para mí, un paso previo, sino siempre una reacción. Y en esa reacción, crítica y también afectuosa, que es traducir asumimos el reto del poema: “he aquí una verdad, una forma, una ocasión; dispón de ellas”.

Por ello, la traducción siempre tiene algo de apuesta —se elige un sentido y una forma entre las que el primer texto irradia— y de enfrentamiento —con el original, con el resto de versiones y con las escrituras de nuestra época—. Eso implica que toda traducción participa de nuestra personalidad y de nuestras circunstancias; se despliega, por así decirlo, entre preguntas, compromisos y rechazos que resonarán de manera algo distinta en cada persona que nos lea. De ese modo, también traducimos para descubrir: no sólo un texto, con sus particularidades, sino una comunidad de lectura y de escritura, por frágil y provisional que resulte. En el mismo gesto, la traducción une y separa.

*

El poema verdadero sólo excluye al falso. Quiero decir con ello que la parquedad de esta antología no pretende negar otras sucesiones, otras convivencias posibles. Soy consciente de haber acentuado a menudo poemas que me parecían desatendidos en castellano, bien por falta de atención crítica o porque ni siquiera se hubiesen traducido. Además, el libro acompaña en el tiempo a quien lo escribe y muta, en parte, con él: algunos poemas que parecían necesarios se correspondían, en realidad, con una parte cerrada de mi vida, mientras que otros no encajaban en los hilos de lectura

que fui formando o, por su longitud, obligaban a forzarlos. Otros, al fin, quedaron fuera porque desconozco las lenguas en que están escritos y, aunque guardo alguna versión, no quise caer en la trampa de lo indirecto: pues entonces no se responde al reto, sino a otra respuesta, y nunca sabremos a quién le hablamos.

Son Falconer de Sant Joan, diciembre de 2020 – febrero de 2022

EL ESTUPOR

En uno de sus celebrados libros “de madurez” (suele gustar, por aquí, esa idea de la madurez), un poeta entrañable y nefasto escribió: “En acabar aquest llibre de poemes/ de Paul Celan, no sé ni què m’ha dit/ ni què em volia dir. Ni tan sols sé/ si pretenia dir-me alguna cosa”.

Así hacía fe y orgullo de sus limitaciones: *me afirmo contra aquello que no entiendo*.

Pero también condensaba un modo dañino de lectura, que comenzó en la Alemania de posguerra —como una forma de desactivar el reto moral que planteaba Celan— y ha calado, tardíamente, en nuestro espacio estatal.

Bajo disfraces más o menos complejos, este modo vendría a afirmar que la poesía de Celan no está abierta a la comprensión y que, por tanto, sólo cabe ante ella el rechazo —esa fe de la limitación que representaba el poeta catalán— o una admiración beata, de reverencia plena, despojada de materia.

Pero Celan no es suyo. No es el repliegue que querrían unos ni el borboteo místico que repiten otros. *Hay sentido* en Celan, pero uno diferente, que nos exige. Si se quiebra y se desmorona, lo hace tan sólo para adensarse, para complicarse, para extenderse. No es la oscuridad del apagón, sino la inquietud de no poder abarcar esa multitud de sentidos en un solo golpe de vista.

“Quien tartamudea” —le dijo Celan a uno de sus traductores, Jean Daive— “está embargado literalmente por el estupor”. Estupor literal: es decir, pasmo de la letra, texto del que *ha visto* y que, por tanto, no puede escapar ya a las consecuencias.

(Tartamudea porque el saber le entrecorta, pero se resiste.)

Porque el silencio no es una posibilidad. Porque la lengua es lo único que ha permanecido. La lengua, que “no tuvo palabras para eso que aconteció” —para la destrucción, para el asesinato—, pero “atravesó ese acontecimiento”.

Y al atravesarlo surgió, sí, a un otro lado sin palabras, pero con esta necesidad de palabras.

PAUL CELAN

HABÍA TIERRA EN ELLOS

y cavaban.

Cavaban y cavaban, y así
pasó su día, su noche. Y no alababan
a Dios,
que —según oyeron— quería todo esto,
que —según oyeron— sabía todo esto.

Cavaban y no oían:
no se hicieron sabios, no compusieron canción,
no inventaron lengua.
Cavaban.

Vino el silencio, también una tormenta,
todos los mares vinieron.
Cavo, cavas y el gusano también cava,
y lo cantado dice: cavan.

Oh uno, oh ninguno, oh nadie, oh tú:
¿a qué lugar fue, si no fue a ninguno?
Tú cavas y yo cavo y me cavo hacia ti,
y el anillo en el dedo se despierta.

HABLA TAMBIÉN TÚ

Habla también tú,
habla el último,
di tu dicho.

Habla;
pero no separes el no del sí.
Dale sentido a tu dicho:
dale sombra.

Dale sombra bastante,
dale tanta
como sabes repartida en torno a ti entre
medianoche y mediodía y medianoche.

Mira a tu alrededor:
cómo vuelve a estar vivo.
¡Por la muerte! ¡Vivo!
Dice verdad quien habla sombra.

Pero ahora se encoge el lugar donde paras:
¿adónde irás, desnudado de sombra, adónde?
Escala. Tantea.

¡Más delgado te vuelves, ilegible, más fino!

Más fino: un hilo

por el que bajará la estrella:

para nadar abajo, abajo,

donde se ve brillar tenue: en la marea

de palabras errantes.